

Soy un taller continuo

Víctor Manuel Pazarín

Arreola, un taller continuo

Ágata, Guadalajara, 1995, 145 págs.

Rafael Rodríguez Castañeda

—*Soy un taller continuo.*

Con acierto, Víctor Manuel Pazarín eligió esta frase para titular el libro en que compiló sus entrevistas de 1989 y 1990 a Arreola, a Orso, su hijo, y a 18 participantes en talleres, 16 de los cuales publicó *Mester*, la revista del taller literario que Juan José Arreola estableció en 1963.

Del propio Arreola, Pazarín presenta su exposición de los antecedentes y el origen del taller literario, así como las condiciones básicas exigibles para quienes se disponen a aprender el oficio de escribir. Desde luego, también habla de la actitud y la intención del conductor: [Hay que] *buscar perfectamente (hasta en el texto más débil) los elementos positivos que contiene [...] El mejor texto para un taller de literatura es el texto regular, que puede llegar a bueno. Ése es el mejor. Porque hay textos, naturalmente, insalvables. Y el texto bueno-bueno, pues es nomás cosa de revisar detalles, pero el texto regular, con posibilidades, es el más fértil.*

Los entrevistados hablan de su inquietud por escribir y las dificultades que enfrentaban en esos años. Todos reconocen el talento magistral de Arreola, constante de los talleres que promovió en distintas épocas, antes y después del Centro Mexicano de Escritores.

En mayo del 64 sacamos el primer número de la revista [...] desde mayo de 1964 hasta diciembre del mismo año, salieron seis números; el grupo empieza como una cosa tremenda, gracias al apoyo de Manuel Casas [quien] nos dio crédito para sacar la revista, y el mejor papel: Eduardo Rodríguez Solís.

Hasta mayo de 1967 aparecieron 12 números de *Mester*, nombre que bautizó a la promoción de escritores nacidos alrededor de los años cuarenta que allí publicaron por primera vez. Arreola conducía las sesiones, leía en voz alta, criticaba, descubría lo valioso o rescatable de los textos, impulsaba correcciones y cambios que los mejoraban y elogiaba sin reservas los aciertos que hallaba.

He aquí fragmentos testimoniales:

El taller de Arreola es lo que en las universidades anglosajonas llaman un curso de composición literaria. Cosa que nunca se hacía en México, ni siquiera en la Facultad de Filosofía y Letras: Federico Campbell.

Trabajaba a partir de los textos que llevábamos, a base de esos textos únicamente. Arreola cualquier texto lo enriquecía con su mímica, con su forma de expresarse: Carmen Ronsenzweig.

Era excelente lector. De pronto uno oía sus cuentos en boca de Arreola y le parecían buenos. Además los corregía al vuelo; había en el texto alguna palabra mal empleada y él ponía la buena [...] Y era muy agudo para opinar, pero hacía también participar a todos. Era un gran animador: Vicente Leñero.

Gozaba por los aciertos que teníamos. Cuando la lectura era de un cuento, o de un poema, o de lo que fuera, y que él verdaderamente apreciaba, sabía transmitir ese aprecio hacia la obra. Era capaz de sacar de la obra lo más valioso, lo más expresivo, lo más rico en el momento de la lectura: Alex Olhovitch-Greene.

De pronto no sé por qué, decía: "Esta línea me gusta, ¿por qué? Quién sabe, pero por algo". Ese estado de sensibilidad él lo definió un día. "Así como hay catadores para ver dónde hay irradiaciones, debería de haber catadores de poesía: que pudiéramos pasar sobre un poema y en un momento dado, cuando hay poesía, se moviera la aguja." Quizá él tenía eso de la pura sensibilidad. Un estado como de entusiasmo: Jorge Arturo Ojeda.

Lo que hacía Arreola era particularmente eficaz, porque desarticulaba cada texto para analizarlo en sus partes. Quedaba muy claro para el alumno si debía o no seguir escribiendo, y qué posibilidades tenía de cuajar realmente

como escritor. O cuáles eran sus tendencias, en dónde residía su potencial expresivo: Tita Valencia.

Era no sólo generoso, sino que él siempre tuvo muy buen olfato para descubrir el talento: Guillermo Fernández.

Revisamos toda la novela. Nos la echamos página por página. Él me convencía de formas de mayor limpieza, por lo general. Toda su corrección tendía hacia una mayor depuración, a la eliminación de materiales superfluos, meramente ornamentales. Tenía mucho cuidado —y lo lograba muy bien— en que no se perdiera ninguno de aquellos rasgos estilísticos, que yo ya tenía muy firmes [...] Quería que mi libro brillara más a través de la máxima limpieza; lo cual le agradecí horrores: José Agustín.

Ése era el elemento esencial: su entusiasmo, su pasión vibrante, diría yo, desahogada por la literatura, y por el placer de decir la literatura [...] Arreola es un gozador de la pronunciación, de la bella pronunciación y tal vez hasta de la oratoria misma: Arturo Guzmán.

Me fui a vivir a China y luego a la Unión Soviética; y, a través de la amistad con Elsa Cross, me enteré del taller. Yo mantenía correspondencia con ella, y cuando ella inició su asistencia con Arreola, yo le enviaba textos a Elsa para el taller, y en varias ocasiones se publicaron en la revista Mester. Así que en cierta forma yo me siento parte de ese taller y de esa generación: Elva Macías.

Abí hacíamos el verdadero trabajo de taller. Es decir, íbamos leyendo el cuento, y él iba diciendo: "Esta frase no, esto es muy largo, esto hay que cortarlo con una coma, esta palabra es muy fea, esta imagen no me gusta..." Y claro, uno también daba sus puntos de vista [...] desde luego nos recomendaba lecturas: René Avilés Fabila.

Nos hizo conocer y saborear el gusto por los clásicos mexicanos [...] meternos a ese gusto y a ese mejoramiento por la manera de expresarse a través de la letra: Carlos Bracho.

Aprendí mucho del maestro Arreola, por supuesto. Así como ya había aprendido con Rulfo y Xirau. Pero como que Arreola acabó de dar una afinación, un sentido de lo que es la literatura. Que yo creo que de otra manera no lo hubiera logrado: Víctor Vilella.

Lo llamaba "taller" porque era un sitio donde tenía que hacerse trabajo artesanal con el lenguaje. Y antes de tener la presunción de llamarse artista, todo el mundo debía ser un perfecto artesano de aquello que fuera su actividad, su arte. En este caso la escritura. Lo que hacía era realmente obligarnos a pulirnos como artesanos; a trabajar bien el lenguaje, a oírlo, a sentirlo, casi a pensarlo. A ver por todos lados [...] cómo funcionaba un texto, cómo se oía, cuál era la resonancia de las palabras: Elsa Cross.

Esta regla de oro que declara que cada texto plantea sus propias leyes con las cuales tiene que cumplir, no la he visto superada en un taller de literatura por ninguna otra idea. Esta regla de Arreola me parece esencial: Rodríguez Castañeda.

No recuerdo haber pagado nunca un centavo por lo de las sesiones del taller. Y, sin embargo, Arreola fue siempre deferente y dadivoso y atento a mi trabajo de joven poeta: Alejandro Aura.

Arreola es un hombre que ha formado generaciones, y esa formación, sea cual sea la actitud que se tome después, es real, es un hecho concreto, y ese hecho no lo puede borrar absolutamente nadie: Leopoldo Ayala. ❧

Instituto
Nacional de
Estudios
Históricos de la
Revolución
Mexicana



Clasicos de la historiografía
mexicana del siglo XX



Memorias
y testimonios



Periodismo
y política



Textos clandestinos

PUBLICACIONES INEHRM

Sintonice Un país de todos... una historia de todos, 1350 de AM.
De lunes a jueves a las 17 horas, viernes a las 16 horas

Sala de Lectura de la Biblioteca de la Revolución Mexicana, Plaza del
Carmen 27, San Ángel, Tels. 56 16 38 08 y 09, ext. 226 y 229

Poniendo a México al día y a la vanguardia

